

apellido los enormes gastos que sin cesar hacía para la subsistencia de sus hermanos, acogidos en tres distintas casas y dispersos por varios sitios; y cuando no recibía cosa alguna de España, decía muy alegre: «¿Habrà quien piense ahora que el P. Pignatelli mantiene á los jesuitas, cuando el pobre hombre no tiene un cuarto?»

El P. Luengo en un breve elogio que del Padre escribe en su Diario, dice de su caridad: «Además de ser pública, sabida y admirada de toda Roma, ha merecido, á lo que parece, ser honrada por el cielo con prodigios.» Fue «su generosidad y liberalidad grande, extraordinaria, y casi sin límites en mantener con toda decencia en todo á todos sus súbditos de la casa y fuera de ella, en socorrer copiosamente á muchos jesuitas, en dar abundante limosna á la puerta de su casa y en la calle á todos los pobres, y mucho más, en secreto, á religiosas y muy honestas personas seculares, y aun en ofrecer con franqueza á los que podían verse en necesidad: y muchas veces á mí mismo (y lo mismo me han dicho otros amigos) me ha dicho con las mayores veras: «Si se halla necesitado, avise; y será socorrido prontamente.» Este es un modo de proceder y de hablar como de un hombre que tiene mucho entre sus manos, y que está seguro de que tendrá más y cuanto quiera, cuando haya mayores necesidades que socorrer. Y él por sí mismo no tiene un maravedí de renta ó de pensión por parte alguna: y de algunos años á esta parte eran muy cortos ó ningunos los socorros de sus parientes de Nápoles y de España. Parece, pues, que el Señor le provee con abundancia, y algunas veces, á lo que se ha podido entender, con providencias particulares y aun prodigiosas, para que pueda hacer bien á muchos, siguiendo los caritativos movimientos de su grande y generoso corazón.» Esto escribía el P. Luengo.

Llegaron con todo las cosas á tal extremo, que el buen Padre empezó á pensar en distribuir por varios puntos de Roma á sus compañeros, por verse materialmente imposibilitado de mantenerlos. Así lo testifica el P. Rossi: «Habiendo ido,» dice, «cierto día el P. Mozzi á hablar al Siervo de Dios en su aposento, el

P. Pignatelli le dio cuenta del pensamiento que tenía de despedir á los Padres que con él moraban en el Buen Consejo, porque había quedado absolutamente sin recursos y sin dinero para continuar manteniéndolos. Al decir esto, abre el cajon de la mesa en que solía guardarlo, con el intento de que viese el Padre en cuán poco número le quedaban: mas, al abrirlo, con sorpresa suya lo encontró lleno de monedas. Al ver este desengaño, cubierto de rubor de un modo sensible, levantóse del puesto en que estaba, y se fue á la ventanilla del coro á hacer oracion¹.» Y desde aquel momento puso en Dios una confianza sin límites, y vio multiplicársele el dinero como por encanto, segun consta de gran número de hechos certísimos.

Y en primer lugar, esta multiplicacion del dinero, no pudo negarla el mismo P. Pignatelli. «Algunas veces,» escribe el Padre Mozzi, «intenté saber cómo le llegaban las gruesas sumas, que había menester para salir adelante con tanto compromiso y tanta limosna; y le pregunté si se le había multiplicado alguna vez en la mano el dinero; á lo que, sonriéndose, me respondía que los tesoros de Dios no se agotaban jamás.» Así el P. Mozzi.

Tenía en un rincon de su aposento cien duros de limosna, que eran todo su capital, de los cuales sacaba diariamente todo cuanto había menester para sustentar á los suyos y para pobres; y á pesar de esto, sacando uno, y otro, y otro mes, sin miramiento ni economía, la cantidad no se aminoró ni le faltó un solo maravedí. El hecho fue tan público y notorio, que todos hablaban de él; y los cien duros corrieron como proverbialmente de boca en boca de los de casa; los cuales, al ocurrir alguna nueva necesidad de no leve coste, solían decir, que no había por qué temer, estando siempre íntegros y prontos los cien duros del P. Pignatelli: y efectivamente siguieron multiplicándose hasta que el Señor acudió con otra remesa.

En el proceso romano, folio 512, deponen el Emmo. cardenal Odescalchi el siguiente caso: «Le pedí en cierta ocasion,» dice,

¹ *Process. Rom.*, fol. 816.

«un socorro, exponiéndole una necesidad que lo reclamaba. Él, sin hacer ántes movimiento alguno con las manos, las cuales tenía debajo del vestido hacia el pecho, sacó una de las dos con el puño apretado y lleno de monedas de oro, que cierto no parecía que pudiese tenerlas en aquella parte, ni quizás podía traer tantas consigo en aquella coyuntura. Entrególas para la persona, cuya necesidad se le había expuesto.» D. Paulino Fiorenzi Martorelli asegura haber oído de un compañero del Siervo de Dios, que este hacía limosna á los pobres por las calles sin meter las manos en el bolsillo, y sin saber de dónde la sacaba y se le venía á las manos¹.

Volvió en cierta ocasion el P. José á casa después de anoche-
cer; y en la plazuela del colegio romano se le presentó un jóven extranjero, de lindo rostro, que muy avergonzado le pidió una limosna. El buen Padre, apenas le ve y oye, empieza á rebuscar en los bolsillos, y no encontrando en ellos nada, se recoge como para ponerse á orar; y luégo, cerrando entrambas manos, las vuelve á abrir, y «Tomad,» dice al jóven, «lo que el Señor os envía;» y dióle no sé cuantas monedas de oro relucientes como si acabaran de acuñarse. Poco ántes de su última enfermedad arreglando un día su cuarto, revistando papeles y andando por los rincones, encontró en varios sitios gran número de monedas de oro y plata, que confesó no saber quién, cómo, ni cuándo las hubiese colocado allí.

D. Ángel de Angelis depone el siguiente caso²: «Halléme,» dice, «un día con el señor caballero de Rossi en el cuarto de un cierto P. Meneses, portugués, confesor del caballero de Rossi, el cual Padre yacía en cama enfermo. Preguntó este al caballero qué nuevas sabía de un cierto abate Torrenti, oidor del cardenal de Simone Seniore. El caballero le respondió que estaba bueno; mas que por haber perdido cuanto tenía, pasaba una vida infeliz. Un rato después entró el P. Pignatelli á visitar al enfermo. Termi-

¹ *Process. Rom.*, fol. 696.

² *Ibid.*, fol. 1160.

nada la visita, salimos juntos los tres, dejando al P. Pignatelli que se volvió á su cuarto. Vuélvese á mí el caballero de Rossi con asombro, y me dice: «Mirad lo que acaba de darme el P. Pignatelli, diciéndome: «Tomad y llevad esto á aquel pobre anciano del abate Torrenti:» y delante de mí abrió el cartucho y hallamos en él treinta doblas (*doppie*) de oro. Este hecho nos sorprendió tanto más, cuanto que el P. Pignatelli no se halló presente al razonamiento que tuvimos sobre las miserias del abate Torrenti; y todas las presunciones eran que desde fuera no podía haber ni oído siquiera lo que con el P. Meneses habíamos hablado.»

De otro suceso no menos admirable que voy á referir, fue testigo presencial Monseñor Carlos María Cernelli, arzobispo de Chieti¹. Una vez estaba hablando con el P. Pignatelli en el hospicio de San Pantaleon: llegó el P. Castriota, procurador de la casa, á pedirle cierta cantidad; y abriendo el P. José un cajon, tomó un puñado de monedas, que eran las únicas que allí había, y entrególas al procurador, diciéndole que tomase lo necesario y le devolviese lo demás. Á poco volvió dicho Padre diciendo que no tenía bastante; y entonces el P. Pignatelli, levantando los ojos al cielo y quedándose un rato como suspenso, abrió otra vez el cajon, y «Yo,» dice el arzobispo en su deposicion, «que estaba pegado al Padre, vi otra pequeña suma de dinero en monedas de plata en el mismísimo punto de donde se habían sacado las demás, y que había quedado vacío.» Así aquel prelado, cuyo asombro por tan evidente prodigio fue tal, que no pudo seguir hablando, y mucho menos descubrir al Siervo de Dios lo que había visto.

Al final de su deposicion jurídica, añade el mismo prelado, el cual en la casa profesa de Nápoles había ido varias veces á consultar al P. Pignatelli: «Puedo asegurar que quedaba tranquilo y satisfecho; y que descubría en él aquella gracia, suavidad y prudencia, que sirve para quitar las dudas y perplejidades, como me consta por experiencia propia.»

¹ *Process. Rom.*, fol. 121.

Tenía siempre en la mente y en los labios aquellas palabras de Jesucristo: «Dad, y se os dará:» y apoyado en esta divina promesa, no hacía el menor caso de la oposicion de algunas personas, que siendo de su natural estrechas y mezquinas de corazon, y dirigiéndose con principios de humana prudencia, no acertaban á aprobar su conducta en este punto. «Algunos querrian,» dijo él en cierta ocasion al Padre Mozzi, «que yo hiciese menos limosna, y ahorrara para nuestras necesidades; y algo de escrúpulo tengo por si tentaré á Dios; mas por otra parte veo que Dios me da más, cuanto más doy á otros.»

Y que ciertamente no rayase en temeridad su confianza, lo demostró el Señor con repetidas pruebas: pues tomaba á su cargo las deudas que contraía el Padre por su amor y servicio, dándole dinero por dinero á ciento por uno, y más todavía. Envió fuera de Roma diez y seis mil reales para socorro de sus hermanos dispuestos; y el mismo día recibió de limosna otros tantos. Por lo mucho que aumentaban los pobres diarios á la puerta de San Pantaleon, ordenó que se comprara una nueva caldera de cobre que alcanzase para todos; diciéndole el P. Procurador que no costaría menos de ocho duros, y que no había en casa más que lo necesario para la comunidad; respondióle el Siervo de Dios: «Bueno: vos gastad ocho duros para los pobres; y Dios, á no dudarlo, nos ayudará con usura.» Y así fue; pues el mismo día ó al siguiente por los ocho gastados recibió el procurador una letra de ochocientos. El Padre, en vista de lo sucedido, decía á los suyos: «¿No veis? Hemos gastado ocho duros, y el Señor nos envía el ciento por uno, mandándonos ochocientos.» Así lo depone el H. Santiago Annoni¹.

Eran sin número las personas privadas que acudían á él para que las ayudase á pagar sus deudas, ó colocar en monasterios y conservatorios á las doncellas; y el santo varon las acogía á todas con afabilidad, y las enviaba contentas con lo poco ó mucho que podía darles. Á una jóven dio ochenta duros que le faltaban

¹ *Process. Rom.*, fol. 429.

para su dote. Quejándose con él amargamente un día cierto acreedor, por no haber podido al cabo de mucho tiempo, ni con súplicas ni con amenazas, cobrar un crédito, que le hacía suma falta, y de haber recibido en cambio mil insultos del mismo deudor; el buen Padre, lejos de aconsejarle que acudiese á la justicia: «Venid,» le dijo, «que yo pagaré por él,» como lo hizo en efecto con doble acto de caridad, librando al pobre deudor de su deuda, y consolando al afligido acreedor.

Después que salió de Roma Pío VII, los pobres que acudían por sopa al Buen Consejo, á causa de la gran carestía, crecieron tanto, que hubo que repartirlos en tandas para evitar desórdenes, y que los revoltosos, que todo lo avisaban, tomaran pretexto para acusar á los Padres de que conmovían al pueblo. Á muchas familias honradas, que por su condicion no podían mezclarse con los mendigos, enviaba el P. José diariamente con gran secreto la comida, que era casi igual á la de la comunidad; y á otras les daba una asignacion suficiente para sufragar sus gastos más urgentes. Hay testigos de que á un sacerdote, sumido en la miseria, señaló el P. Pignatelli nada menos que quinientos reales al mes; y, segun atestigua el mismo agraciado, tuvo que reiterar muchas súplicas para que no continuase la subvencion hasta que la necesidad, remediada ya, no volviese á ser más apremiante.

Cuando salía de casa, no encontraba por las calles pobre, á quien no diese algo; y corría la voz por los alrededores de San Pantaleon, que el P. José tenía las manos llenas de dinero; por lo cual lo mismo era salir, y verse rodeado de una turba que le seguía largo trecho; y él, indagando las necesidades de cada cual, dábales á proporcion hasta tres, cuatro y aun nueve monedas de plata. Toda la importunidad de este género de personas no fue bastante jamás para que diera señal alguna de cansancio ó molestia; porque tenía presente en ellos á Jesucristo, por cuyo amor era pródigo. Á veces le seguían hasta su mismo aposento; y como le faltase ya que dar, tomaba ropa, zapatos y cuanto le venía á mano, y dábaselo todo; porque al oír sus lamentos, se le

partía el corazón, y se hubiera dado á sí mismo por sacarlos de la miseria.

Mostrábase el P. Pignatelli muy atento y deferente con cualquiera persona que tuviese sobre él alguna autoridad. Al párroco del *Salvatorello* haciale demostraciones muy particulares por pertenecer á su parroquia la casita del Buen Consejo. Á estas demostraciones añadió las finezas de su caridad, después que aquel buen sacerdote, por no haber querido jurar fidelidad al gobierno revolucionario, fue desterrado como todos los demás, confinado en Parma y después llevado á Córcega. «Y me consta,» dice el P. Luengo, «que le envió y acaso más de una vez abundantes socorros.» Y continúa el mismo Padre: «Con este soto-párroco [el sacerdote que le sustituyó en el cuidado de la parroquia] ha mostrado una solicitud, como pudiera un amoroso padre con un hijo suyo. Luégo que por la noche supo su prision, encargó al coadjutor castellano Ignacio Dorronsoro¹, (que vive en el Jesús, y tiene entrada en el castillo y amistad con el alcaide,) que prontamente por la mañana fuese á verse con el Sr. Colona [que así se llamaba el soto-párroco] y en su nombre le consolase y ofreciese todo lo que hubiese menester. Al amanecer ya estaba el coadjutor Ignacio en el castillo, y ya no encontró al soto-párroco, que con los otros había partido para Civitavecchia dos ó tres horas ántes de amanecer. Pero allá en Córcega, si parten muy presto para esta isla, le irá á buscar una buena limosna no menos que de treinta doblones.» Y termina diciendo: «Asombra á todos no tanto el gran corazón de este P. Pignatelli,..... cuanto la posibilidad en las presentes malísimas cir-

¹ Nació en Ataun, Guipúzcoa, en 14 de Marzo de 1748; entró en la Compañía en 18 de Enero de 1768; hizo la incorporación en 1.º de Enero de 1815, y murió en Loyola en 1824. En el catálogo de 1819, reimpresso en Madrid en 1888, se dice haber entrado el H. Dorronsoro en Loyola. Y como en Enero de 1768 los Padres españoles estaban ya en Córcega, es de creer que habría quedado en Loyola por vejez ó enfermedad alguno, que recibiría al Hermano. La entrada en tales circunstancias prueba un grande amor á la vocacion.

cunstancias de seguir y contentar sus impulsos caritativos con tanta abundancia, grandeza y generosidad¹.»

Esta es una pequeña parte que ha llegado á nuestra noticia de las muchas limosnas del P. Pignatelli. Solo Dios sabe las que los hombres ignoramos, y él solo llevó exacto registro de todas para darle el ciento por uno en la gloria. Asegura el P. Luis Mozzi, que la suma de dinero que por sus manos pasó y se distribuyó entre familias vergonzantes y personas de cuenta, es un asombro; que no nos sabría decir á punto fijo las cantidades; pero que ni eran pequeñas ni poco frecuentes. Lo mismo atestiguan otros, de quienes á menudo se servía el P. José para socorrer en secreto las necesidades de muchos, que de una pingüe fortuna habían pasado, casi de repente, al colmo de la miseria.

Así como el Señor proveía de una manera milagrosa al P. José de medios abundantes para socorrer la miseria de los prójimos; así tambien con luz superior se las manifestaba para que las conociese, ó le descubría el remedio que debía aplicar. Á Tito Ceconi le sucedió un caso de estos, que referiré con sus propias palabras: «Dos ó tres días,» dice, «después que fui arrestado en Loreto con el canónigo Polidori (después cardenal de la Santa Iglesia) recibí por el correo una carta del P. Monzon, en la cual se incluía una letra de cambio de cincuenta escudos de parte del P. Pignatelli, quien me decía: «Os servirán para vuestras necesidades.» Yo estaba cierto que á nadie había manifestado, ni dado señal alguna de esta mi necesidad. Por tanto estuve muy dudoso si exigiría el pago de la letra; pero el caso fue, que apenas la hube cobrado, aquel dinero del Siervo de Dios me sirvió al instante para pagar mi sustento en las cárceles de Macerata, y después el viaje desde esta ciudad á Milan, que tuve que hacer á expensas mías. Entonces conocí y me persuadí que el Siervo de Dios había tenido presentimiento de aquella mi tribulacion; y tanto más, cuanto que esta fue la primera y la única vez, que,

¹ P. LUENGO, *Diario*, Tomo 45, pág. 900. — 24 Setiembre de 1811, en que fueron desterrados de Roma varios sacerdotes no jurados.